

editorial

PERIODICO SACERDOTAL

- 7 FEB 1973

DESDE ESPAÑA, CON AMOR



NADA podremos añadir en este editorial a lo que desde las más diversas tribunas se ha dicho en España en este último mes. Lo gritaron con titulares escasamente serenos algunos periódicos con ocasión del discurso del vicepresidente del Gobierno, lo glosaron con serenidad plumas muy diestras, y el tema seguía agitado hasta que, primero las serenas palabras del Jefe del Estado y después el eco sosegado de la visita del ministro de Asuntos Exteriores al Papa vinieron a situar las cosas en su exacta perspectiva. Ha habido de todo: se han sacado a relucir viejos textos, en ediciones harto parciales y hasta sectarias; se han dado a la avidez popular cifras de millones, con una larvada acusación de desagradecimiento; se ha creado un ambiente cerradamente hostil a un documento episcopal aún no publicado y en cuyo perfeccionamiento se trabajaba; se ha llevado a cabo una campaña de agencias, o de agencia, ciertamente enderezada a rebajar el prestigio de nuestro Episcopado. Los hechos están ahí e invitan a una reflexión.

Empecemos por dolernos. No sólo por este caso concreto. Dolernos de la cantidad de veces en que la verdad es manipulada, deformada, servida parcialmente, utilizando recursos psicológicos poco nobles. Pero también por este caso en que los atacados eran la Iglesia, el Episcopado español, su magisterio.

Pero preguntémonos por las causas de todo ello. Una está fuera de nuestras filas. Otra, dentro.

El desamor, la positiva hostilidad hacia una Iglesia que cambia, que quiere abrirse hacia el futuro, demuestra que sólo se amaba a una Iglesia que fuera aliada. No se la amaba por sí, sino porque era útil, porque servía. Es amargo encontrarse ahora con esto. Resulta que nos pasan la factura, porque sus servicios eran interesados, tenían precio. ¡Qué triste! Y

cuánto más noble decir, como ha dicho Franco, que no, que se la servía porque merecía en sí ese servicio.

Pero acaso sea bueno mirar también hacia dentro. Ver si no ha sido nuestra propia actitud la que ha dado pie a ello. ¿Podemos tachar de desamor a otros cuando nuestras propias revistas eclesiásticas hierven de críticas despiadadas? ¿Es posible dejar de comprender a quienes piden que la Iglesia les siga apoyando mientras pedimos que ella, dejando a un lado todo pluralismo, nos apoye exclusivamente a nosotros? Las preguntas son graves. No podemos pedir a los demás un amor que nosotros, más llamados que ellos a sentirlo, no sentimos.

¿Tan difícil sería encontrar libros editados por tradicionales editoriales religiosas, revistas escritas por religiosos, obras presentadas como portavoces de la moderna pastoral o la teología más de hoy que insistan sin piedad, una y otra vez, sobre los defectos de la Iglesia sin poner de manifiesto, ni por un momento, los valores de su actuación y de su vida?

Más amor a la Iglesia nos vendría bien a todos. A quienes sin ese amor se ven en la imposibilidad de aceptar los cambios que en ella están ocurriendo. Y a quienes quieren promover esos cambios a fuerza de críticas, de desdenes, de amarguras y olvidos.

¡Con qué insistencia lo viene pidiendo el Papa! Pero... si no queremos hacerle caso, si seguimos sembrando desvío y frialdad hacia ella, no nos quejemos luego de recoger lo que veníamos sembrando. Ni es justo señalar la paja en el ojo ajeno, olvidando la viga del propio. Cuántas veces en estos días, recordábamos el evangélico «Médico, cúrate a ti mismo!».

INCUNABLE.

EN ESTE NUMERO:

- DIEZ AÑOS DESPUES DEL VATICANO II, por Mons. Jesús Iribarren (páginas 9-12).
- EL PORVENIR DE LOS SACRAMENTALES, por Pedro Fernández, O. P. (páginas 13-17).
- CUBA EN EL EXILIO. LA OBRA DE MONSEÑOR TEXTE, por Hilario Chaurrondo (pp. 19-20).